



*Militia Templi - Christi pauperum Militum Ordo*  
*Milizia del Tempio - Ordine dei poveri Cavalieri di Cristo*  
*(Persona Giuridica secondo il Codice di Diritto Canonico e il Codice Civile Italiano)*  
*Cancelleria*

*Non nobis, Domine, non nobis...*

## **La Milicia del Temple: el sentido de una presencia**

¿Tiene sentido hablar de la Caballería en el siglo XXI o, por el contrario, es una propuesta anacrónica?

Para responder a esta pregunta es necesario acudir a los motivos del nacimiento de las Órdenes de Caballería en la Edad Media.

La más bella definición de la Caballería la dio el beato Raimundo Llull, el “*Doctor Illuminatus*”, el cual en su libro “*Libro de las Órdenes de Caballería*” escribió: “[...] *Hubo un tiempo en que acamparon por el mundo la lealtad, la solidaridad y la justicia. Todo el pueblo se dividió en millares de personas y cada uno de ellos eligió a una persona que se distinguiese de los demás por su lealtad, sabiduría y fuerza. A cada uno de ellos se le dio el nombre de Caballero*”.

Aunque la Caballería tenía raíces antiquísimas, fue en la Edad Media donde se crearon las bases de las Órdenes de Caballería tal como hoy las entendemos. Nacieron de una mezcla del derecho romano, la fuerza bárbara y la experiencia religiosa cristiana: la Santa Iglesia purificó, de hecho, los objetivos de la Caballería de tal manera que los Caballeros tomaron como bandera la defensa de la Cristiandad frente a los asaltos del Islam y de los paganos, la defensa del estado, de la religión, de las damas, de los débiles, de los oprimidos y de los que, en general, carecían de defensa y de consejo. En una época individualista, donde cada uno impartía su propia justicia, donde el estado no defendía los bienes ni la propiedad de la persona, allí, la Orden de la Caballería asumió una enorme relevancia social y, allí también se siguieron a la perfección las enseñanzas de la Santa Iglesia de acuerdo con la expresión de la caridad cristiana. Fue así como la religión cristiana, dirigiendo la Caballería, transformó a sus miembros en campeones de Cristo y, a través del ceremonial de la investidura, les confirió una suerte de dignidad religiosa.

Este ceremonial, que podríamos definir como “*canonización*” de la Caballería, tiene su primera cita mucho antes, a propósito de la batalla de Saxa Rubra (Roca Roja), sucedida el 28 de octubre del 312, cuando el emperador Constantino, tal como lo dejan escrito Lactancio y Eusebio de Cesarea, hace combatir a los caballeros *romani* bajo una insignia *christiana*: el monograma de Nuestro Señor Jesucristo, en caracteres griegos, XP. Desde aquel momento la cruz, como símbolo de la *Christianitas*, acampará en todas las enseñas de la Caballería, al menos hasta la Revolución Francesa, cuando la imagen del

*Arbor Nostrae Salutis* se sustituyó por otras insignias, de más longitud y menos prestigio, como son la estrella o el triángulo.

La Caballería no nació, pues, en el ámbito cristiano, pero la Santa Iglesia actuó con gran paciencia y logró hacer de la investidura militar un sacramento en el que la espada se convertía en el arma destinada al restablecimiento de la justicia, premiada por “*manifestar la potencia de la justicia, destruir con fuerza la iniquidad, combatir para proteger a la Santa Iglesia de Dios y a sus fieles*”, por destruir “*a los enemigos de la palabra cristiana, pero también a los falsos creyentes*”, por poder “*ser defensa y protección de la Iglesia, de las viudas, de los huérfanos y de todos los servidores de Dios contra la violencia de los paganos*”, por poder inspirar “*temor, terror y pavor*” a todos los “*fomentadores del desorden*” (Así, en “*Orden de Stavelot*” y en la “*Benedictio ensis noviter succinti*”). En el siglo XII, San Bernardo de Claraval, propuso una interpretación de la Caballería como *militia Christi* en contraposición a la *militia saeculi*, y del Caballero como «*ministro de Dios para castigo de los malvados y alabanza de los justos*», mostrando valores religiosos y posibilidad ascética que la *militia saeculi* había perdido de vista: los Caballeros, según el gran teólogo, así como todos aquellos que ponen su brazo al servicio de la Iglesia, uniendo intereses terrenos y voluntad de poder, son los que luchan contra los que defienden al diablo, a los opresores, y sobre todo contra los violentos y enemigos de la Fe. El proceso de fundación de la Caballería Cristiana pasa, por tanto, a través de la liturgia, de las bendiciones de las armas y sus Caballeros, la hagiografía (véanse, por ejemplo, los numerosos santos procedentes de los ambientes militares) y la especulación teológica, por dar estabilidad, dentro del gran torrente de la reforma gregoriana, a la sacralización de la guerra contra los enemigos de la Cristiandad: a la “*bellum Dei*”, al “*proelium sanctum*”, a los “*gesta Dei*”.

Pero ya antes de la antedicha elección constantiniana, San Pablo hizo un confrontamiento entre la virtud necesaria del cristiano para ser eficazmente sal de la tierra y luz del mundo, y las armas de un soldado de su tiempo dispuesto para la batalla: “[...] *Revestíos de la armadura de Dios para poder resistir a las insidias del diablo [...] Armaos, pues, con la armadura de Dios para poder resistir en tan tremendo día y, en todo perfectos, quedar victoriosos. Estad, pues, dispuestos, ciñendo vuestro flanco con la verdad, vestidos con la coraza de la justicia, teniendo los pies calzados para la preparación del evangelio de la paz. Coged sobre todo el escudo de la fe, con el que podréis extinguir todos los dardos ardientes del maligno. Coged ahora el yelmo de la salvación y la espada del espíritu, es decir, la palabra de Dios*” (Ef 6).

La misión del cristiano en el mundo, según estas palabras de san Pablo, va preparada de una especie de “*investidura caballescá*”, de hecho todos los elementos que hay son: la armadura, la coraza, el cinturón, el calzado, el yelmo, la espada, pero también la verdad, la justicia, la fe...

En otra de sus cartas, describiendo su fatiga apostólica, escribe: “*He combatido la buena batalla*” (2Tm 4,7).

San Juan Evangelista, en su *Apocalipsis*, habló del Cristo que ha de venir y de la espada afilada que salía de su boca (Apoc 1,16), la misma con la que golpearía a los

pueblos, antes del juicio universal, antes de la fundación de los nuevos cielos y la nueva tierra (Apoc 19, 13-16).

El rito de la investidura del Caballero que se contiene en el “*Pontificale Romanum*” se elaboró siguiendo estos principios: en el rito de la bendición de la espada del nuevo Caballero se afirma que la bendición de Dios sirve para que el arma no dañe injustamente a nadie y defienda todo lo que es justo y recto.

Con este espíritu, en la Edad Media, surgieron las grandes órdenes monástico-militares: los Hospitalarios, los Templarios, los Teutónicos, en las que la confraternidad monástica, a través de los votos de castidad, pobreza y obediencia, se convierte también en confraternidad militar para la defensa de los peregrinos y de los Santos Lugares contra las ofensas de los infieles, según la célebre síntesis que se convirtió pronto en la divisa de la Orden de Malta “*tuitio fidei et obsequium pauperum*”, es decir, defensa de la fe y caridad hacia los pobres, hacia el prójimo en dificultad. Con el mismo espíritu, en los siguientes siglos, surgieron las órdenes “*caballescias*”, que especiales concesiones de la Santa Sede reconocieron como verdaderas y propias “*Religiones*”, órdenes religiosas “*secundum quid*”, en su interior, sus miembros, que no podían ser considerados propiamente como religiosos si no es “*largo modo*”, profesaban todavía los votos privados de castidad, castidad conyugal, obediencia y otras promesas particulares.

¿Tal vez la realidad de hoy y, a través de la Cristiandad, menos agresiva de la de la Edad Media, justificó el nacimiento de la Orden de la Caballería?

Parafraseando el título de un famoso libro de Monseñor Henri Delassus, escrito en los albores del siglo XX, nos estamos preguntando si se trata de un “*problème de l’heure présente*” y, sobre todo, en qué consiste.

En realidad, los tiempos modernos no sólo justifican, sino que también exigen con dramática insistencia una presencia activa de los cristianos, una presencia generosa, valiente, fuerte.

Existe un materialismo práctico que delega en el mundo y oscurece no solo los valores cristianos sino también los humanos y hoy vemos la agresión contra la vida y, por añadidura, contra la muerte, la agresión contra la familia, la moralidad de la vida pública, vemos guerras, estragos, prevaricaciones...

¿Todavía puede llamarse cristiana la sociedad actual? ¿O no puede nada más que llamarse humana? Bajo una mirada serena, el drama del hombre moderno y su maldición contra Dios, que se expresa sobre todo por su pretensión de prescindir de Dios: la sociedad vive “*etsi Deus non daretur*”, como si Dios no existiera. La interrogación sobre Dios se percibe como insignificante: el hombre moderno parece no señalar más a Dios como su necesidad, pero con ello se arriesga de terminar en un callejón sin salida. Escribía Fëdor Dostoievski: “*Si Dios no existe, todo está permitido*”, y alguien se acordó de la frase que se escribió en los muros de la Sorbona en 1968, “*¡Prohibido prohibir!*”.

Una sociedad no muy cristiana, diríamos que anticristiana, se transforma en una sociedad antihumana cumpliendo con su última revolución. Es el movimiento revolucionario iniciado con Lutero, con su “*Cristo sí, la Iglesia no*”, continuado con la revolución francesa, con su “*Dios sí, Cristo no*”, y seguido con el actual lema socialista y comunista, de “*El hombre sí, Dios no*”, que se llegará al inevitable: “*¡El hombre no!*”

Pensemos en las agresiones contra la vida, desde su concepción a su término natural; pensemos en las agresiones contra la familia, en la corrupción de los jóvenes, etc.

Pero veamos también las agresiones contra lo “*sagrado*”; es ciertamente impensable que el vacío de la cultura actual no suscite una reacción, pero este retorno hacia lo sagrado se expresa a través de un resurgimiento del neopaganismo, del sincretismo religioso que mezcla al mismo tiempo fragmentos del cristianismo, de religiones orientales, astrología, ecología... Es la llamada “*New Age*”, fruslería irracional y supersticiosa que no tiene nada que ver con la Fe.

La Santa Iglesia posiblemente todavía tenga un gran crédito en su empeño social que suple a menudo las carencias y las ausencias de los Estados no muy cristianos, pero al mismo tiempo no es escuchada; asistimos en la actualidad a movimientos de insuficiencia y de fastidio cuando se busca un empeño de la Fe, cuando se busca la coherencia hacia la Fe, porque el empeño de la Fe y la coherencia requieren que se acepte a Jesucristo “*Verdadero Dios y verdadero hombre*” y no sólo Verdadero Hombre, mientras que la figura de Jesús que hoy se nos propone es la de un Jesús a medias, expresión de buenos sentimientos, bueno para todos los gustos y usos, pero en realidad privado de la fuerza contra el mal, contra Satanás, fuerza que en realidad domina toda la predicación de Jesús.

En realidad el Reino de Cristo se realiza a través del combate de Cristo, al que se une la lucha de su extensión histórica, de Su Cuerpo Místico, de la Santa Iglesia, contra las potencias anticristianas que operan en la historia bajo la forma de fuerzas religiosas, políticas y culturales.

Se viene presentando a los cristianos un modelo de Cristo “*desarmado*”, lo que, a su vez, convierte a los cristianos en “*desarmados*”.

Pidamos junto con el Siervo de Dios Pío XII: “*Una Iglesia que calle cuando debiera hablar; una Iglesia que consuma la ley de Dios, adaptándola a los gustos humanos, cuando debiera proclamarla y defenderla; una Iglesia que se destaque del fundamento inconcluso sobre el que Cristo la ha construido, para sentarse cómodamente sobre los sabios móviles de las opiniones del día o para abandonarse a las corrientes pasajeras; una Iglesia que no resista a la opresión de la conciencia y que no tutele los legítimos derechos y la justa libertad del pueblo; una Iglesia que con indecorosa servilidad permanezca cerrada entre los cuatro muros del templo, que olvide el mandato divino recibido de Cristo ‘Id por los cruces de los caminos, Instruid a todo el mundo’; ¿es esta la Iglesia que veneramos y amamos? ¿Reconocemos en tal Iglesia los principios del manto de nuestra madre?*”

La propuesta de una Caballería en el siglo XXI nace de la razón que la Santa Iglesia y la sociedad civil necesitan de almas claras, íntegras, valientes, que vivan totalmente el mensaje cristiano, sin camuflajes, sin compromisos; en suma, de verdaderos cristianos, hombres y mujeres, “*viriles*”; escribía en los años cincuenta del pasado siglo Su Alteza Real el Príncipe Saverio de Borbón-Parma, en aquél momento Lugarteniente General de la Orden Equestre del Santo Sepulcro de Jerusalén: “*El caballero moderno no difiere mucho del antiguo. Éste estaba al servicio de Dios, su Señor, en virtud del juramento prestado durante la ceremonia de investidura. El Caballero moderno tiene la misma misión, los mismos deberes, a veces rudos e ingratos, que tiene que cumplirlos con honor y desinterés. Debe ser el defensor de la verdad y de la justicia en la caridad y ello en todos los campos en los que tiene que actuar. Esta misión requiere inteligencia abierta y bien formada, caracteres fuertemente templados para oponerse a las mentiras y bellaquerías, gran debilidad moderna. Hoy, como entonces, se abre para cada uno de ellos un vasto campo de actividad valerosa*”.

El Caballero está llamado a la realidad de hoy en día para transmitir con fuerza el encuentro con la Persona de Cristo en la certeza de que “*Dios es luz y en Él no hay tinieblas*” (1Jn 1,5). Sólo uniéndose a la Persona de Cristo el hombre encuentra el sentido auténtico de la vida, sólo contemplando el misterio de Dios, el hombre se encuentra a sí mismo.

El Caballero está llamado, hoy más que ayer, a ser un “*contemplativus in actione*”, es decir, está llamado a modelar la realidad que él tiene en relación a Esto, es decir, a Cristo. Por tanto, una sólida vida espiritual es la condición necesaria para que la acción sea fecunda, para que el Caballero pueda vencer en las batallas que combate en su alma y en el siglo: los estudios de la Palabra de Dios, los estudios de la Doctrina de la Fe y de la Historia de la Iglesia, la vida litúrgica, la frecuencia de los Sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía, la devoción a la Virgen, son las armas para combatir y vencer.

El Siervo de Dios Pablo VI, recibiendo a los Legionarios de Cristo el día 2 de junio de 1974, comentando el nombre de este instituto, se aseveró en los siguientes conceptos: “*A través de los años habéis sido preparados en la oración, en el estudio, en la meditación hasta el momento solemne de vuestra donación a Dios y a la Iglesia, eligiendo como único y gran objetivo de vuestra juventud y de toda vuestra vida a Jesús [...] Sois legionarios, es decir, no sois gente inactiva o que va a ver cómo van las cosas, sino que queréis imprimir en tales cosas una fuerza y dar al Cristianismo una expresión que es la vuestra propia: militante; legionarios, o sea, combatientes por el nombre de Jesús. Dios os bendiga y os conserve en tal carácter. Queremos, queremos, sí, la palabra es magnífica cuando esta viene referida a Cristo, ser conquistadores, legionarios para combatir y defender, legionarios para conquistar y llamar a los otros hermanos a la misma fe y a la misma comunión del Señor*”.

No es posible el compromiso; escribía el cardenal Charles Martial Lavigerie: “*Necesitamos persuadirnos de que un apóstol no tiene camino intermedio entre la santidad completa, al menos deseada y buscada con fidelidad y coraje, y la perversión absoluta.*”

A través de una paradoja maravillosa, el mundo no es favorable a quien lo refuta, sino a los que, siguiendo un camino de perfección, tienen el coraje de rechazarlo para construir uno mejor.

El amor hacia todos los hombres, a lo que nos obliga Jesucristo, no puede dejar caer en el error; amar a todos los hombres significa también amar a los errados, a nuestros enemigos. Sin embargo, el amor del que yerra no excluye el odio del error, de la misma manera que el amor del que yerra y el odio al error son las caras de la misma moneda, ya que en realidad ama al errado solamente el que le hace comprender su error y le ayuda a abandonarlo.

A la luz de todo lo dicho, comprenderemos que la tentación que el célebre cardenal Gaspard Mermillod llamaba *“beregía de la acción”*, es decir, que la forma de vida en la cual se da la preeminencia al *“hacer”* en lugar de al *“ser”*, y el error opuesto, esto es, la tentación de retirarnos, de aislarnos del frente de la justicia, del frente al sometimiento de nuestra Santa Fe, no pueden más que aparecer totalmente extrañas a la mentalidad del Caballero, ya que él, de una parte, sabe que su obra beneficia al mundo y que es sólo un poco de la expresión de su rica vida interior, que su vida activa procede de su vida contemplativa, es la traducción, la continuación exterior, de la otra que sabe que no queremos cooperar al mal, que no podemos permanecer siendo meros contempladores inertes de un porvenir que nos arrastra. Por medio de la ascesis, la oración, la meditación, el estudio, el Caballero se prepara para sus obligación con el mundo, según la bella comparación que San Bernardo hace con relación al sabio: estos hechos los compara a un depósito que recibe agua, se rellena y después continúa vertiendo y siempre está renovándose; si fuésemos sabios deberíamos ser, pues, como ese depósito y no simples canales, el canal, de hecho, deja correr el agua que recibe sin aprovecharse de una sola gota.

Y Santa Catalina de Siena escribe: *“me alegraré si verdaderamente hubiéramos concebido el amor a través de la reforma de la Santa Iglesia –hoy podríamos extender este concepto si comprendiésemos el más grande acto de caridad hacia el prójimo, que es la nueva evangelización de la sociedad– porque así sería seguir la voluntad de Dios y de su Vicario, salir del bosque y entrar en el campo de batalla.”*

La Milicia del Temple, asociación de fieles fundada en 1979, canónicamente reconocida en 1988 por Decreto de Su Excelencia Reverendísima Monseñor Mario Ismaele Castellano, Arzobispo de Siena, de acuerdo con los cánones 299, 312 y 322 del Código de Derecho Canónico, como *“comunidad de fe y vida cristiana”*, inspirada *“en los ideales y en el estilo de vida descrito por San Bernardo de Claraval en el ‘Liber ad Milites Templi de Laude Novae militiae’”*, quiere proponer a sus miembros, Caballeros y Damas, una vida auténticamente cristiana, en la que el corazón y la mente estén abiertos hacia la verdadera Fe, en total y absoluta fidelidad a la Santa Iglesia, en la práctica de los consejos evangélicos según el propio estado, en el servicio generoso hacia los hermanos, en el rezo del Oficio Divino, en el testimonio público de la Fe, en la construcción o *reconstrucción* de la *Christianitas* dentro del propio ambiente de vida.

El Siervo de Dios Juan-Pablo II, el 28 de septiembre de 1979, en el primer aniversario de la muerte de su predecesor, hablando de la “alegría de la fe”, afirmó que tal alegría era necesaria, para que pudiésemos “*combatir juntos por la fe del evangelio. De esta forma recibiríamos –explicó el Santo Padre– las dos indelebles marcas: la señal del Hijo de Dios en el Bautismo y la señal de la confesión, con las que estaríamos dispuestos a combatir con la fe del Evangelio en la Confirmación.*”

Diez años después, el 20 de noviembre de 1988, en el discurso que precede al rezo del Ángelus, dijo entonces Juan-Pablo II: “*Mientras tanto, a nosotros, discípulos del Maestro divino, nos corresponde comprometernos bajo su guía en la edificación gradual y progresiva del reino de justicia y paz, de gracia y amor, que Él nos consiguió con su beatífica pasión y muerte, derrotando las fuerzas del pecado, de la muerte y del maligno. La vida cristiana –dice el gran Pontífice– es en realidad una militancia, una “buena batalla”, por utilizar las palabras de san Pablo, en la cual cada uno debe combatir por conseguir los verdaderos y más altos valores, que son los de la virtud, la caridad, la unión con Dios. Seguir a Cristo, que nos guía a su Reino, quiere decir, en definitiva, seguirlo en la búsqueda del “rostro del Padre”, en el deseo fervoroso de verlo un día “tal como es”. La beata Virgen María dulcifica las fatigas del camino para que nos sean más ligeras las exigencias del combate espiritual, para que nos infunda valentía en la lucha y para soportar las pruebas y así, sostenidos por la ley, lleguemos felizmente allí donde reinan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.*”